

# ESCRIBE: ALBERTO MORAVIA



# CABO KENNEDY:

**C**REO que fue Le Corbusier quien habló en su tiempo de casas habitables semejantes a máquinas. La fórmula en los Estados Unidos ha tenido éxito gracias al espíritu tecnológico, y se ha extendido. Un buen ejemplo del triunfo de la tecnología en la vida cotidiana es la comunidad, precisamente tecnológica, constituida por la ciudadela de Cocoa Beach (máquina para vivir) y el Centro Espacial John F. Kennedy (máquina para trabajar). En fin de cuentas, ¿por qué elegir entre tantos Estados, precisamente Florida, y en Florida esta estrecha faja de territorio, limitada de una parte por las lagunas del Banana River y del Océano por la otra? Por un motivo tecnológico: eran necesarias diez mil millas de mar desierto, sin islas sobre las cuales pudieran caer los detritus de los lanzamientos espaciales.

## El imperio de las máquinas

Después, las máquinas («bulldozers», excavadoras y demás) se pusieron a trabajar y crearon en la jungla pantanosa, infestada de caimanes y serpientes, un sistema de «highways», es decir, autopistas de cuatro bandas, que permitirían a más de treinta mil técnicos espaciales ir y volver de Cocoa Beach a Cabo Kennedy y viceversa. A lo largo de estas grandes carreteras planas, trazadas con tiralíneas, se construyeron apresuradamente las máquinas indispensables para la vida cotidiana: máquinas para comer, es decir, restaurantes; máquinas para comprar cosas, es decir, supermercados y «drugstores»; máquinas para dirigir, es decir, despachos; máquinas para distraerse, o sea, salas de fiestas y cines; máquinas para rezar, o sea, dos o tres iglesias de diversas confesiones. Todas estas máquinas tienen la forma de pabellones de cemento, o mejor, de barracas prefabricadas, generalmente blancas, todas de un piso, dispuestas a lo largo de las citadas autopistas, bajo un cielo incendiado, en una perspectiva implaceable.

Tras las autopistas, en una red de caminos serpenteantes por la jungla, la tecnología ha erigido las máquinas habitables, es decir, muchas casitas de un piso y provistas de todo lo necesario. El tono general de Cocoa Beach es el de la llamada «middle class», es decir, la clase que con más espontaneidad e inconsciencia se ha identificado con la visión del mundo tecnológico. ¿Pero cuál es esta visión? La de la funcionalidad. El hombre no toma más gusto a la vida en

general. En compensación, toma en serio su propia función, es decir, el hecho de formar parte necesaria de una máquina que, a su vez, «funciona sola», es decir, de manera automática y sin finalidad aparente.

Pero basta con Cocoa Beach. Pasemos a la máquina de trabajar, quiero decir al Centro Espacial de Cabo Kennedy. En un automóvil atravieso, por la «highway», el vasto territorio (35.000 hectáreas) del Centro. La tecnología celebra aquí su máximo triunfo; abramos, por lo tanto, bien los ojos. Es un día infernal, como de costumbre. El horizonte está oscurecido por el tufo. El asfalto de la autopista produce en la distancia el espejismo de milagrosos lagos. En la lejanía, como espectros gigantescos, las construcciones ciclópeas. Los carteles de la carretera están repletos de palabras cifradas y abreviadas, con amenazadoras advertencias: «Peligro», «No pasar», «Prohibido», «Zona militar», «Se registrará a todo aquel que traspasa estos recintos», «Presentar al distintivo», «Atención, explosivos», «En caso de incendio, señal naranja», y cosas semejantes. Amable tecnología que nos advierte que la máquina para trabajar, en este caso, entraña algún peligro. El anciano ingeniero que me sirve de guía me indica allá a lo lejos, en la jungla baja y maligna, unos objetos desproporcionados, la mayoría pintados de color verde botella y no siempre reconocibles; cisternas en forma de enormes huevos, tuberías de toma de agua, tubos, motores, ingenios de toda especie. En Cabo Kennedy, la tecnología es plana por todas partes, como la marisma. Después, un claro.

—¿Quiere ver el museo de cohetes?

—Vamos a verlo.

Se trata de una explanada en la cual, con el aire misterioso y ritual que tienen los monumentos de una religión desaparecida, se encuentran rígidos, aquí y allá, los cohetes y misiles, bien en desuso o en exposición por las fuerzas armadas americanas. Blancos y negros, de altura desigual, provistos de ailerones, con las toberas bien visibles. Los hay de todas las dimensiones: desde poco más grandes que un juguete hasta los interminables, de una veintena de metros de altura, rígidos en su castillo de armadura metálica. Aquí está el cohete «Navajo», apodado irónicamente «Never Go», porque no consiguió nunca funcionar. Está el «Minuteman», que es, por el contrario, el «Rocket» más temible del ejército estadounidense. ¿Qué es lo que más impresiona en este museo? Yo diría que la idea del incesante y rapidísimo progreso de los cohetes. De los «V-2» de Von Braun, fabricados en Peenemünde, durante la Segunda Guerra Mundial y enviados a

ciegas por Hitler sobre Londres para castigar a los ingleses, hemos llegado estos días precisamente al «Apolo XI» y al «MIRV» («Multiple Targetable Re-entry Vehicle»), diabólico cohete militar, con varias fases cada uno de ellos, dotado de una «intención» cibernética, de manera que no habrá radar que se le resista ni antimisiles que puedan descubrirlo o interceptarlo.

Uno de los aspectos más significativos de la exploración de la Luna es que todas las cosas que los astronautas deben hacer están calculadas al segundo y deben de ser hechas, «todas ellas», en el orden preestablecido. De donde se infiere que el mundo del espacio es muy distinto del de la Tierra, y que la tecnología, que sobre la Tierra es todo lo más un prolongamiento mecánico de las facultades humanas, en el espacio sustituye a estas facultades y transforma al hombre en una especie de robot. Lo que los marineros de Colón debían hacer para desembarcar en el Nuevo Mundo, podía ser hecho de cualquier manera. Lo que los astronautas tienen que hacer para desembarcar en la Luna sólo puede ser hecho de una manera, de otro modo sobrevendría el fallo de la empresa y con ella la muerte. En el primer caso, es la vida con todas sus imprevisiones. En el segundo, el espacio sin vida, con sus leyes rigurosas y hostiles que no consienten elecciones y mucho menos errores. Sobre la Tierra nosotros estamos como en nuestra casa. En el espacio estamos como en un palacio, en que cada cosa está regulada por las normas de una despiadada etiqueta y, ¡ay de quien llegue a transgredirlas!

## Las batallas espaciales nos dejarían tranquilos en la Tierra

Pero hablemos de otra cosa. Sería necesario subrayar por lo menos las dos grandes novedades revolucionarias de la exploración espacial. La primera es el uso del cohete, que no es otra cosa sino la aplicación práctica de la tercera ley de Newton (toda fuerza genera una fuerza de igual intensidad y en dirección opuesta). El empleo del cohete es revolucionario porque abre la era de los impulsores que mañana podrán ser de una potencia infinitamente mayor y permitir de esta manera no solamente alcanzar Venus o Marte, sino también (con una buena dosis de optimismo y ciencia-ficción) llegar hasta otros sistemas solares y quizá a otras tierras, a otra humanidad. La segunda gran novedad revolucionaria estriba en el carácter compuesto y manejable del cohete. Esto con-

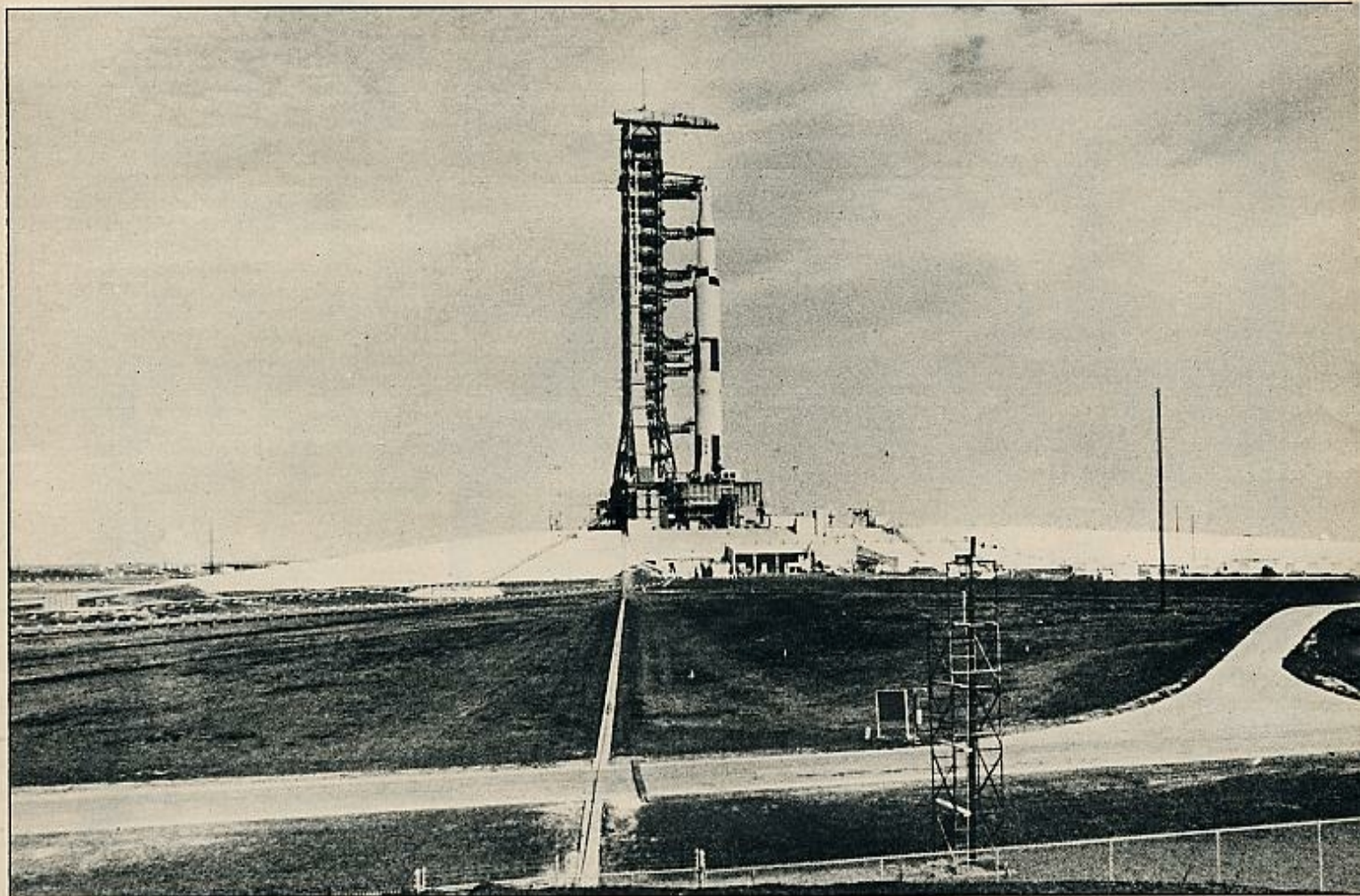
siente el «rendez-vous» o cita espacial, las puestas en órbita lunar y terrestre, el «docking», es decir, el engarce de un elemento con otro. Como se ve, estamos muy lejos del proyectil lanzado rígidamente, en trayectoria directa, con un medio cualquiera: honda o cañón. El proyectil, con el cohete de varias secciones manejables, se convierte en «inteligente», bien porque contenga instrumentos de percepción, de dirección, de información y de comunicación, o porque transporte, como en el caso del «Apolo» de los astronautas. Estas dos novedades, naturalmente, no van consideradas solamente desde el punto de vista de la exploración pacífica del espacio. Sin demasiado esfuerzo de fantasía, se pueden imaginar batallas de Lepanto o de Trafalgar, combatidas desde naves espaciales, fuera de la atmósfera terrestre. Con grandiosas y complejas maniobras, persecuciones, duelos, abordajes y cosas por el estilo. Estas batallas espaciales tendrían además la ventaja, de haber una guerra, de dejarnos en paz en la Tierra y de decidir el éxito de los conflictos en el vacío interplanetario, donde las escorias atómicas podrían dispersarse sin dañar a nadie. No es necesario, además, olvidar que tecnología y militarismo son hoy inseparables. Y que ambas, la primera por espíritu funcional, la segunda por espíritu de disciplina, tienden a transformar el hombre en autómatas.

Descendamos al lugar de lanzamiento. Ante mí, la enorme plataforma móvil montada sobre cuatro cinturones, de una tonelada de peso cada uno, que ha conducido al «Apolo», a paso de tortuga, por una autopista especial, desde el hangar de montaje, o VAB (Vertical Assembly Building), al lugar de lanzamiento. La plataforma es colosal y parece, como antes el módulo lunar, un insecto. Todo dentro de la modalidad de la tecnología. He aquí dos pequeños tanques. No sirven para combatir, sino para escapar. En el caso de desastre, en el momento del lanzamiento, los astronautas pueden, o bien correr fuera de la nave sobre la ménsula más alta de la torre umbilical, y por medio de un ascensor precipitarse, en un momento, en un profundo refugio subterráneo, o bien por medio de un teleférico volar a los dos tanques y huir lejos del «Apolo».

## Una catedral de la técnica

En Cabo Kennedy, cada uno de los establecimientos está situado a gran distancia el uno del otro. El motivo puede ser la usual per-

# SANTUARIO DE LA TECNOLOGIA



versidad topográfica americana, a causa de la cual ningún lugar es alcanzable si no es con el automóvil, pero, en este caso, el aislamiento de las instalaciones se debe a razones de seguridad. Del lugar de lanzamiento al VAB, o hangar de montaje, hay algunas millas, y no sería prudente construir un edificio próximo a una carga de combustible de la potencia de un cuarto de la bomba de Hiroshima. Conforme nos acercamos, el VAB se agiganta siempre más por encima de la jungla. Una vez llegados, se queda uno asombrado de su belleza. Compuesto de varios tubos combinados y sobrepuestos, el VAB, que, según los americanos, es el más grande edificio del mundo (ciento sesenta metros de altura, ciento cincuenta y ocho de ancho, ciento treinta y cinco de largo), hace pensar en seguida en una catedral. Pero una catedral vista por un pintor futurista como Boccioni, cubista como Picasso o abstracto como Mondrian. Todo de aluminio ondulado y pintado únicamente con dos colores, blanco y negro. El VAB tiene un antecuerpo

cúbico más pequeño y un cuerpo principal, también cúbico, exactamente con la misma disposición de volúmenes que se puede observar en una iglesia. El parangón con la catedral vale también para el interior. Los ruidos férreos de la tecnología se pierden en el espacio de la inmensa sala como las voces orantes y los ruidos de las sillas en el vacío de las naves. A los dos lados de la sala, allí donde en una iglesia se encontrarían las capillas menores, están encerrados en sus andamiajes las secciones blancas de otro «Apolo». Finalmente, desde los ventanales de plástico transparente, se derrama en el VAB una luz amortiguada que me tienta a llamarla mística.

Penetramos en un ascensor y en un momento volamos hasta el techo. Desde allí arriba, los grandes pavimentos aparecen vacíos. Apenas algún grupo de puntitos que se mueven: visitantes o técnicos. En este momento una grúa, suspendida a una miriada de cables, está efectuando una prueba. Lentísimamente, el gancho amarillo, sobre el cual está escrita la capacidad de

doscientas cincuenta toneladas, expone en el aire, balanceándolo en el vacío, un enorme tanque pintado de gris. Allá abajo, al fondo, los ventanales casi en el mismo momento se están abriendo descubriendo la luz cegadora de la jungla. También los ventanales se mueven lentísimamente, como la grúa, y, como la grúa, por sí solos. Lentitud, automatismo: la tecnología hace una cosa a la vez y, se diría, sin la ayuda del hombre. Cada lugar de lanzamiento tiene en sus proximidades un centro de observación y de control, lo más cercano posible. Los primeros observatorios estaban protegidos, contra las llamas y el viento del cohete, por sacos de arena; los últimos están protegidos con hongos de cemento que apenas emergen del suelo. Visitamos uno junto al lugar de lanzamiento de uno de los primeros «Apolo». Cuando entramos nos encontramos en una gran sala redonda. En círculos concéntricos, en torno a la sala, están alineadas las mesas metálicas provistas de cuadrantes con botones, espías luminosos, pequeñas pantallas televi-

sivas. Dentro de esta sala, en el momento del lanzamiento, suele haber cuatrocientos técnicos que siguen las fases de la partida del cohete. Cada uno de los cuadrantes controla un detalle particular del cohete. Cualquier disfunción, defecto, error, irregularidad, viene inmediatamente señalada sobre los cuadrantes, cuyo asombroso número da una idea de la complejidad del ingenio. Todavía dos propiedades más de la tecnología: el control capilar y perpetrado de todos los particulares de un ingenio y el enorme número de piezas de que está compuesto el ingenio. En este momento, el lugar de lanzamiento está en desuso. Solamente un técnico está sentado en el centro de la sala, con un libro en las manos. Un silencio absoluto, un aire helado (naturalmente, acondicionado), una limpieza aséptica. Me acerco al técnico y echo una ojeada al libro. Es una novela policíaca. ¡Ay!, las máquinas son cada vez más complicadas y los hombres más simples. ■ A. M. (Versión castellana de J. M. ALONSO IBARROLA.) © L'Espresso-TRIUNFO.